



*Doña Juana la Loca*

Francisco Pradilla, 1877

Óleo sobre lienzo, 340 x 500 cm

Museo Nacional del Prado

El lienzo titulado *Doña Juana la Loca*, del pintor zaragozano Francisco Pradilla Ortiz, es la obra más representativa de la pintura de historia decimonónica de corte romántico que hay en nuestro país, en la que una pincelada precisa y el gusto en el detalle de componente narrativo la acercan a la escuela realista tan arraigada en ese momento en España. Fue pintada en Roma en 1877, cuando el artista disfrutaba de una pensión para completar su formación académica, y posteriormente enviada a España como muestra de su aprendizaje para, más tarde, pasar a formar parte de los fondos del Museo Nacional del Prado.

El tema seleccionado por Pradilla fue muy recurrente en su producción y muy aclamado por la crítica del momento, pues en él reunía el arraigo al pasado histórico de nuestro país a través de un pasaje tan propio y destacado como era el viaje de Juana con los restos mortales de su esposo, unido al fuerte carácter romántico que encarna la figura de la reina. El desamor descontrolado, la pasión, la tragedia, el desconuelo o los celos, son sentimientos que emergen de la obra e impregnan al espectador a través de los rostros de los personajes, las actitudes y el propio paisaje frío y desolado en el que se encuentran.

La composición en aspa organiza la estructura del cuadro y, en el centro, surge majestuosa la figura de la protagonista dominando la escena y centrando toda la atención, ataviada con negros ropajes de terciopelo y el pelo recogido con una toca que

señala el momento de duelo al que se enfrenta. La mirada perdida que transmite una profunda tristeza, alude más a una depresión que a un brote de locura, centra la atención del espectador y le arrastra hacia el interior del cuadro para hacerle partícipe de la escena de un modo completamente emocional. Frente a ella yace el féretro de su esposo, Felipe el Hermoso, engalanado con los emblemas dorados imperiales. Las damas de la corte rodean la escena central y sus miradas dirigidas a Doña Juana denotan compasión y tristeza, dejando entrever una comprensión hacia los sentimientos de la reina que aumenta aún más la carga dramática de la obra.

El momento elegido por Pradilla representa un hecho concreto en el viaje que realizó Juana con los restos de su esposo, para trasladarlos desde Burgos hasta su última morada en la Catedral de Granada. En una de las paradas en el camino que realizó la comitiva entre Torquemada y Hornillos, decidieron descansar en un monasterio situado en un paraje inhóspito, pero cuando la reina se enteró de que estaba habitado por monjas en lugar de frailes, mandó sacar el féretro de su marido e hizo descansar a toda la procesión a la intemperie, pues no permitía que mujer alguna se acercara al féretro de Felipe salvo las damas de su corte. La escena se desarrolla en un paraje árido, en el que el único árbol que existe carece de vida. El viento invade la escena y arrastra las llamas de los cirios y el velo de Doña Juana, junto a la columna de humo que marca una diagonal hasta fundirse con las nubes, un celaje plomizo que acrecienta la sensación de frío y desamparo. Al fondo se recorta el monasterio que da sentido a la narración.

El tratamiento de las telas, el detallismo, los rostros, las texturas y la atmósfera de la escena, denotan un cuidado realismo al que se adscribe el estilo del pintor. La paleta cromática dominada por tonos oscuros y terrosos, sobre los que destacan campos blancos y rojos para subrayar la presencia de algunas figuras, enfatiza el tratamiento realista al mismo tiempo que refuerzan las emociones que busca despertar en el espectador.

La obra obtuvo la Medalla de Honor en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1878, además de un gran reconocimiento en la Exposición Universal de París de ese mismo año y en la de Viena en 1882.